

Al otro lado del bosque

Juan Mata

Ilustraciones de Marina Speer



ANAYA

*Existe un material con sugerencias didácticas
y actividades sobre este título que se encuentra
a disposición del profesorado en nuestra web.*

1.ª edición: febrero 2023

© Del texto: Juan Mata, 2023
© De las ilustraciones: Marina Speer, 2023
© Grupo Anaya, S.A., 2023
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com



ISBN: 978-84-143-3489-8
Depósito legal: M-25414-2022
Impreso en España - Printed in Spain

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

Al otro lado del bosque

Juan Mata

Ilustraciones de
Marina Speer



ANAYA

Para Andrea, una vez más.

Para Alan y Alba, con esperanza.

Para Abril, Candela, Carla, Eduardo, Eva,
Guille, Iker, Irene, Julia, Manuel,
Marina y Natalia, por su ayuda en
la elaboración de este libro.

«Al otro lado de este bosque inmenso
me espera el mundo».

AMALIA BAUTISTA

Índice

Presentación	13
La más bella historia	16
Más allá de la apariencia	22
Vivir junto a otros	28
Alguien sufre en silencio	34
Imaginar con otras imaginaciones	40
Mi cuerpo y yo	46
Cuando ya no están	52
Cuidar la casa común	58
No es lo que esperaba	64
Abrir los ojos al mundo	70
A mí sí me importa	75
El monstruo que podemos ser	82
Sin pedir nada a cambio	88
Todo está por hacer	94
En la linde del bosque (despedida)	100

PRESENTACIÓN

Gracias, lectoras y lectores, por abrir este libro. En él se habla de cuestiones que nos preocupan a todos y nos dan que pensar: ¿Cuál es el mejor modo de vivir? ¿Somos todos iguales? ¿Se cumplirán todos mis sueños? ¿Debe preocuparme la vida de los demás? ¿Tienen valor mis opiniones? ¿Cómo distinguir lo importante de lo superfluo? ¿Cuáles son los efectos de mis actos? Pensar es una de las capacidades más asombrosas del ser humano. La utilizamos de modo incansable desde que nacemos. Sentimos la necesidad de pensar, como sentimos la de comer, beber o amar, y además nos produce mucho placer hacerlo.

Sin embargo, no siempre lo hacemos bien. Pensar razonadamente no es una tarea fácil. Es un aprendizaje que requiere tiempo, voluntad y práctica. Resulta más cómodo dejarse llevar por los prejuicios, los bulos o las costumbres, o por lo que piensan los demás. Hay que tener la capacidad y la valentía de pensar por uno mismo. A menudo, las emociones, tan importantes en la vida de los seres humanos, lejos de ayudarnos, nos perjudican. No siempre pensamos bien cuando estamos afectados por el miedo, el enamoramiento o el

rencor, por ejemplo. Lo deseable es encontrar un equilibrio entre razón y emoción.

Algunos de los asuntos que se exponen en el libro han interesado a la humanidad desde hace siglos y les seguirán interesando en el futuro; otros, en cambio, son característicos de nuestro tiempo. En todos los casos afectan al comportamiento y a las relaciones de las personas, al modo de entender y conducir la propia vida.

Reflexionar sobre lo que sucede a las personas y sobre lo que ocurre en el mundo es muy importante. Niñas y niños, adolescentes y jóvenes, lo saben bien. He dedicado muchas horas de mi vida profesional y social a conversar con muchos de ellos y he podido comprobar su extraordinaria curiosidad, su inteligencia y su sensibilidad. Me he dado cuenta de que tienen profundas ideas sobre la vida y el mundo, aunque no siempre las expresen en voz alta, unas veces porque les faltan palabras y otras porque no encuentran interlocutores con los que dialogar seriamente, o porque no se les ofrece la oportunidad.

Este libro es, en gran medida, consecuencia de esas conversaciones, y ha sido escrito con la intención de estimular el pensamiento, de generar ideas propias, no impuestas o prestadas por otros.

Los seres humanos usamos palabras para comunicar nuestros pensamientos. Los demás, sin embargo, no siempre entienden lo que queremos decirles, y nosotros no siempre entendemos a los demás. Ese es el problema más importante de la comunicación humana, pero no por eso dejamos de dialogar y de intentar comprendernos.

En las palabras está atesorada la experiencia humana y a través de ellas podemos conocer mejor el mundo. Comprendermos mejor aquellas que están unidas a sentimientos o recuerdos

personales: si leemos o escuchamos, por ejemplo, las palabras *verano*, *abuelo* o *profesora* enseguida vienen a nuestra memoria imágenes de juegos, arena, bicicletas, viajes, paseos, cuentos, risas, explicaciones, lecturas... El significado de las palabras es inseparable de la vida de cada cual.

Es posible, en cambio, que *altruismo*, *dignidad* o *ética* sean palabras vacías de significado para algunos, pues no están aún asociadas a experiencias propias. Es necesario entonces llenarlas de historias, imágenes y recuerdos para poder comprenderlas e incorporarlas a nuestra conciencia y a nuestro lenguaje.

En todos los libros, y en este también, aparecen palabras desconocidas, como ocurre cuando paseamos por un bosque: hay árboles que reconocemos y otros que no sabemos nombrar, pues nunca antes los habíamos visto. No hay que temer a las palabras nuevas, sino acercarse a ellas con interés y curiosidad. Y si alguna se resiste a desvelar su significado, siempre es posible hacer lo que hacemos cuando nos encontramos con flores o árboles desconocidos: mirar un manual de botánica (en este caso, un diccionario) o preguntar a una persona experta. Sus respuestas pueden ser sorprendentes. Preguntar es la puerta que da paso al diálogo y al conocimiento.

Leer es una manera de pensar y de sentir, de prestar atención a las palabras de otros, de explorar el mundo.

Diré finalmente que este libro puede leerse a solas y en silencio, pero también puede resultar provechoso comentarlo con otros. Compartir su lectura, además, puede favorecer conversaciones muy valiosas. Las cuestiones que se examinan en él afectan a jóvenes y a mayores y siguen abiertas a la discusión. Por eso es necesario seguir pensando y hablando.

Me siento feliz y agradecido, lectoras y lectores, por vuestra voluntad de seguir caminando por este bosque de palabras.

LA MÁS BELLA HISTORIA

¿Qué es la vida?

Esa es la pregunta más profunda del ser humano. Nos la hacemos desde hace miles de años. Los demás organismos vivos que existen en la Tierra (los animales, los árboles, los hongos o las bacterias) no se la plantean. Simplemente viven. Solo a los seres humanos les interesa saber en qué consiste la existencia.

No es sencillo responder a esa pregunta, aunque las ciencias, la filosofía o la literatura no dejan de intentarlo, cada una a su manera. Eso sí, a pesar de que definir la vida sea complicado, reconocerla es fácil: las palpitaciones del corazón, el dolor de una herida, el sonido de una canción, el sabor del chocolate, el olor de las panaderías, la contemplación de la nieve, los abrazos... nos indican que estamos vivos y eso nos hace felices.

A muchas personas les basta con saber que la vida surgió hace millones de años, que es frágil y resistente al mismo tiempo, que unas veces dura mucho y otras muy poco, que envuelve al

planeta Tierra como un delicado celofán, que la llevamos con nosotros y podemos transmitirla, que nos gusta mucho disfrutarla. Otras muchas personas, en cambio, no dejan de reflexionar sobre ella.

La curiosidad es una característica propia de los seres humanos. Cuando somos pequeños, no dejamos de hacer preguntas: ¿Por qué no se caen las estrellas? ¿Hay personas en otros planetas? ¿Por qué las lágrimas son saladas? ¿Por qué hay guerras? ¿Dónde van los sueños cuando nos despertamos? ¿Por qué hablamos lenguas distintas?... Hacernos preguntas es señal de que nos interesa la vida.

Y tarde o temprano las preguntas se centran en el propio hecho de vivir: ¿Qué significa estar vivos? ¿Cuál es el origen de la vida? ¿Por qué queremos conservarla? ¿Qué debemos hacer para cuidarla? ¿Por qué nos gusta vivir? ¿Por qué otras veces nos gustaría morir? Y, sobre todo, la pregunta más difícil de responder y que nos afecta a todos: ¿Cuál es el sentido de la vida y, especialmente, de nuestra vida?

Buscamos el «sentido» para tratar de definir el valor y la intención de lo que hacemos, pues necesitamos dar respuesta a nuestras insatisfacciones y nuestras dudas. A todos nos gusta saber hacia dónde vamos y por qué. No solo queremos experimentar la vida, sino también darle una razón de ser. El sentido de la vida cambia con el tiempo, pero lo importante es estar dispuestos a imaginarlo, buscarlo, entenderlo. A veces ocurre que algunas personas, incluso adolescentes o jóvenes, se suicidan, se quitan la vida, porque no la entienden, porque se ven incapaces de encontrarle un valor y un objetivo. Es terrible que eso suceda.

¿Qué sentido?

Nuestro cerebro está organizado para buscar placer en lo que hacemos, y cuando lo logramos (nadando en el mar, paseando en bicicleta, comiendo bombones, amando, corriendo, bailando, leyendo una novela...) solemos pensar que la vida tiene sentido. Por el contrario, cuando las cosas nos salen mal y nos sentimos desgraciados, tendemos a considerar que la vida es absurda. El sentido de la vida, sin embargo, no puede asociarse únicamente a la satisfacción de los placeres.

Hay cosas que tienen sentido aunque sean incómodas o no se obtenga ninguna recompensa. Oponerse al maltrato que sufre un compañero es un deber, aunque sea molesto enfrentarse a quienes lo ejercen. Entrenar diariamente algunas horas no siempre es agradable, pero es necesario si se aspira a destacar en un deporte, igual que es mejor no fumar si se quiere prevenir futuras enfermedades. A menudo, el paso del tiempo nos desvela el valor de una actividad que en su momento resultaba fastidiosa. No siempre entendemos que los beneficios a largo plazo son mayores que los inconvenientes inmediatos. A veces hay que renunciar para ganar.

Considero que una vida tiene sentido cuando lo que se hace mejora el mundo o, al menos, evita deteriorarlo. Usar constantemente el vehículo privado para desplazarse es cómodo, pero también perjudicial para el planeta; algunas personas se sienten a gusto insultando a otras en las redes sociales, pero el sufrimiento que pueden causar es más duradero que la satisfacción inmediata que les proporciona la ofensa; destruir el hábitat de algunas especies animales puede ser rentable para algunas empresas, pero los efectos para el medioambiente son desastrosos. Si pensamos en la humanidad en su conjunto, vivir con

sentido implica tener siempre en cuenta las consecuencias que tienen nuestros actos tanto en la vida de los demás como en el planeta.

Hay quienes piensan que lo importante en la vida es buscar siempre el máximo beneficio personal, lograr sus deseos sin preocuparse por los demás. Otras personas, en cambio, lo encuentran ayudando al resto, procurando su bienestar sin esperar nada a cambio. A esa actitud desinteresada se la denomina *altruismo*, gracias al cual el mundo es más habitable y equitativo. Tanto para unos como para otros, la vida tiene un sentido, aunque no sea el mismo.

Parece claro, sin embargo, que amar o cuidar da más sentido a la vida que odiar o maltratar. El amor, o, lo que es lo mismo, la amistad, la cooperación, la paz... ha ayudado a la supervivencia de la humanidad, es decir, a la defensa y prolongación de la vida. El amor proporciona bienestar, entendimiento y esperanza a los seres humanos. Por el contrario, el odio provoca dolor, destrucción, muerte; lo contrario a la vida. Vivir significa vivir con otros y las relaciones que establecemos con quienes nos rodean condicionan el rumbo de nuestras vidas.

Muchas personas saben que el sentido de la vida consiste sobre todo en preservarla y transmitirla, igual que cuando protegemos con la mano la llama de una vela encendida para que el viento no la apague. Eso es lo que hacen las demás especies animales: sobrevivir y reproducirse. No se plantean si lo que hacen es hermoso o coherente. Simplemente se dejan llevar por sus instintos. Los seres humanos, sin embargo, no nos contentamos solo con conservarnos y procrear, sino que aspiramos a construir una maravillosa historia personal, como el carpintero elabora una mesa o la escritora escribe

una novela. Eso implica que debemos decidir cómo queremos vivir, cómo queremos que nos vean los demás, cómo queremos que nos recuerden, cómo queremos juzgarnos a nosotros mismos.

Fortaleza y confianza


El deseo de elaborar una historia personal a veces causa frustración, pues las cosas no siempre suceden como las imaginamos. Vivir no es solo desear y disfrutar. Es una tarea llena de obstáculos y carencias. Las circunstancias familiares, económicas y sociales condicionan la vida de las personas, a menudo de manera dolorosa. Aunque todos estemos vivos, no todos tenemos la misma vida. Sin embargo, siempre tendremos la oportunidad de decidir qué vida queremos tener y con qué medios alcanzarla, a pesar de las dificultades y las diferencias de cada cual.

Todos aspiramos a hacer de nuestra vida una obra única y memorable. También los niños y los jóvenes que están comenzando a vivir. A lo largo del camino descubrirán que hay momentos repletos de entusiasmo y esperanzas en los que la vida tiene sentido, y otros, ensombrecidos por el fracaso y la tristeza, en los que sentirán que no entienden lo que hacen ni por qué lo hacen. Esos altibajos son inevitables y ayudan a apreciar más la fortuna de estar vivos. A pesar de las dificultades, los seres humanos tenemos el compromiso irrenunciable de celebrar, proteger y expandir la vida.

Lo más valioso de las vidas de los jóvenes es que contienen la fuerza necesaria para mejorar el mundo. Y aunque las metas y los caminos van cambiando conforme se va viviendo, dar un

sentido a la vida significa decidir en cada momento qué sueños, pasiones, responsabilidades, ideales, actitudes... merecen la pena abrazar y defender.





La vida se parece a un bosque que, como los de los cuentos populares, es misterioso, sombrío a veces, lleno de peligros, pero también de descubrimientos, belleza y gente maravillosa. ¿Qué hay al otro lado? ¿Cómo estar seguros de que elegimos el camino más conveniente? ¿Cómo transitar de la infancia al mundo adulto sin temor a extraviarnos en la espesura? ¿Somos los mismos al salir que al entrar? En las páginas de este libro encontraremos palabras para orientar nuestros pasos y comprender el valor del viaje.

1562546 ISBN 978-84-143-3489-8



9 788414 334898

www.anayainfantilyjuvenil.com

ANAYA